

**El Colibrí.**

HISTORIA NATURAL.

EL COLIBRI.

Solo se encuentra este pájaro en los países mas cálidos de América, y si algunos se apartan de los trópicos, es durante el estio, permaneciendo en las zonas templadas. Algunos viajeros han tomado por colibrís ciertos pájaros de hermoso plumaje que suelen hallarse en los países cálidos del antiguo continente; pero no son colibrís, pues ya hemos dicho que solo los hay en la zona tórrida.

El colibrí tiene agilidad, gracia, frescura, el color aterciopelado de las flores, el brillo de los metales y las piedras preciosas. Por esta razón los indios, encantados con los brillantes colores de estos pájaros, les llaman *rayos ó cabellos* del sol, pues al reflejar la luz en su plumaje ofrece los cambiantes mas bellos y tornasolados. Todos los colibrís emplean unos mismos materiales en la construcción del nido, y solo pone la hembra dos huevos, ocupándose esta y el macho en el trabajo de la incubación.

El nido está formado de diversas especies de algodón ó de vilano sedoso que sacan de las plantas, siendo tan fuerte el entretregido que hacen que parece un cuero blando. Este nido lo colocan en una rama, cubriendo su superficie exterior con la goma que cubre la corteza del árbol.

El vuelo del colibrí es continuo y tan rápido, que no se percibe el movimiento de sus alas, apareciendo como inmovil en medio de los aires. Con la velocidad de una saeta pasa de una flor á otra flor, y hundiendo la lengua en los cálices, chupa la esencia, con la cual se mantiene.

El colibrí nunca se posa en el suelo, pasando la noche y las horas mas calurosas del dia en las ramas de los árboles. Solo se oye su voz generalmente cuando van de una flor á otra, y entonces despiden una voz que se compone de dos sílabas, *tere*, en tono mas ó menos agudo, mas ó menos fuerte. Estos pájaros viven en la soledad, y cuando hay uno en una rama, huyen los demás, pero suelen volar juntos. Riñen entre sí con gran encarnizamiento, pero no se conoce el éxito de la lucha porque se pierden de vista peleando; y no solo son valientes con los de su especie, sino que embisten á pájaros mucho mayores que ellos cuando se acercan al nido, obligándolos á ceder el puesto.

La lengua del colibrí se compone de dos fibras huecas, las cuales forman un canalito dividido en filamentos por su extremo. Tiene la forma de una trompa, y ejerce las funciones propias de este órgano, ó las de absorcion. Aunque los naturalistas estan conformes en cuanto á la estructura de la lengua del colibrí, no convienen en las sustancias alimenticias, pues al paso que unos sostienen que se alimenta con el jugo de las flores, otros afirman que come los insectillos que en ellas se encuentran. Cuando se les domestica, se suple el jugo de las flores con jarabe; pero se vuelven muy mansos y mueren á poco tiempo. Son sumamente confiados, y así los cazan con mucha facilidad, por medio de la liga, con una redecilla de seda verde, y de varios otros modos.



LOS PESCADORES DE LA COSTA ORIENTAL DE ESCOCIA.

A lo largo de la costa de Escocia hay aldeas que consisten en unas cuantas chozas, sembradas entre los arenales, ocultas en el fondo de algun *glen* (valle), ó encastradas en la punta de una roca, á cuyo pié se estreñan las olas del mar, y allí vive una raza de hombres

cuyas costumbres, curiosas en extremo, son poco conocidas sin embargo.

Es una raza particular que nada tiene de comun con las poblaciones inmediatas ni por su origen, ni por su sangre, ni por sus ideas, ni por sus costumbres, ni por su traje, ni por su dialecto. Pocos autores se han ocupado de esta particularidad, y aun el mismo Walter Scott, que tanto ha escrito acerca de los escoceses del Rorder (dé la frontera), casi nada ha dicho de los habitantes de la costa oriental.

Un pescador, sea hombre ó mujer, de la costa oriental de Escocia, mas se parece á un español de la misma clase que cualquiera otro inglés ó irlandés, no habiendo un viajero que no lo note al instante.

Las aldeas que habitan los pescadores, así como el interior de sus viviendas, presentan un aspecto singular. A lo largo de cada fila de cabañas hay tendidas por fuera unas cuerdas, de las cuales cuelgan chaquetas, enaguas, pañuelos de colores subidos y otras prendas que secan á los rayos del sol, viéndose tambien diferentes aparejos de pesca.

Mientras los hombres se hallan en la mar, la mayor parte de las mujeres se ocupan en escoger ó vender el pescado, quedando en la aldea algunas madres con sus niños de pecho y bandadas de muchachos: aquí y allí se descubre alguna gaviota solitaria ó algun cuervo marino al cual han cortado las alas, obligándole á permanecer en un semi-cautiverio.

Cuando se acerca la noche, encienden el *crisie* ó candilillo de hierro, y la familia se reúne en torno del hogar, no pudiendo menos el viajero de creerse transplantado, como suele decirse, á los tiempos de los patriarcas. La abuela tiene á su nieta en las rodillas, la mujer del pescador dá de mamar á su hijo mas pequeño, el marido se ocupa en componer las redes, y los chicos mas jóvenes juegan y ruedan por el suelo, en tanto que los mayores en edad ayudan á su padre. Esta escena, iluminada debilmente por la luz de un candil que ape-

nas da color á las paredes ennegrecidas por el humo, es muy propia del pincel de Theniers.

Muchas de las mujeres de nuestros pescadores escoceses son viejas, llenas de arrugas, y tienen una voz ruda y chillona; pero entre ellas hay matronas de brillantes ojos, frescas mejillas y robustas formas. Su trage es completamente diferente del de las aldeanas escocesas, siendo sus colores favoritos el azul, el blanco y el amarillo. Sobre sus cabellos trenzados con esmero llevan una capucha angosta y un pañuelo de color anudado por debajo de la barba. Las jóvenes rodean este pañuelo con encajes, y aun hay algunas que se ponen un gorro los domingos. Las mujeres casadas llevan el *overcrown* ó capucha anticuada en su forma y sin gracia, que termina en punta sobre la cabeza, viéndose algunas que se adornan con las chaquetas de sus maridos; otras se ponen un corpiño de lana, y otras, en fin, se perifollan con un manto de rayas azules. En las cercanías de Edimburgo todas tienen zapatos gruesos y medias azules; en Aberdeen se encuentran algunas sin zapatos y que llevan medias muy grandes llamadas *moggins*; en Buchan todos los pobres han dejado de llevar *moggins*, escepto los pescadores, y en vez de decir, por ejemplo: «se va V. á mojar los pies», dicen: «se va V. á mojar la punta de los *moggins*.»

Las aldeas habitadas por los pescadores se diferencian entre sí, por lo cual, á pesar de ciertos rasgos comunes á todas, Newhaven, Fisharrou y las inmediatas á las grandes ciudades no se parecen en manera alguna á las que están situadas en las partes desiertas ó apartadas de la costa. Newhaven tiene fama por el buen pescado que en ella se come, y se encuentran allí muchas fondas excelentes: pero no son lo mismo Cairnburgo é Inverralochies, situadas á siete millas al sud de Fraserburgh, y las cuales son dos aldeas, ó mas bien una sola dividida en dos por un río que las atraviesa.

Los caminos que á ellas conducen se hallan en malísimo estado, y el viajero no sabe ni donde colocar

su caballo, ni qué le ha de dar de comer, como que el posadero del lugar asegura no se acuerda haber tenido jamás en su cuadra un mal troton. En 1840 no se encontraba ni cebada ni avena, y así seguirá por mucho tiempo, porque los habitantes tienen tan arraigadas sus preocupaciones, y que ninguno procura reformarlas y vestirse, comer y pensar de otro modo que la multitud.

La mayor parte de las supersticiones que, gracias á los progresos de la instruccion y de las luces, han desaparecido de la imaginacion de los aldeanos escoceses, sobre todo en las inmediaciones de las ciudades, viven aún y conservan toda su fuerza entre los pescadores. «Cuando yo era jóven, me decía una señora escocesa ya vieja, los genios de las aguas, llamados *kelpies*, inspiraban á todo el mundo un terror singular, y hoy nos reímos de ellos. Si me fuese dado prolongar mi existencia hasta una generacion, creo que sobreviviría al mismo Satanás.» Sin embargo, los habitantes de Carnburgo, Collieston, Finnan y Footdee siguen creyendo firmemente en los *kelpies*, las sirenas, los duendes y los aparecidos. Creen en la influencia de días dichosos ó infortunados; tiemblan delante de seres invisibles creados por su imaginacion, y persuadidos, por ejemplo, de que nada bueno anuncia el llevar un canasto vacío, á falta de otra cosa, echan piedras en él. Cuando marchan en cuadrilla, temen no los cuenten, y los chuscos de Aberdeen se burlan de la credulidad de aquellas buenas gentes, poniéndose á gritar cuando ven pasar las mujeres de los pescadores:

.... Una, dos, tres,

Esposa de pescador es.

Cierto año la mar se tragó muchas barcas de la aldea de Footdee, como igualmente á los marineros que iban en ellas: ahora bien, el día anterior á aquel desastre hubo un presagio que anunciaba toda especie de desgracias; una liebre habia atravesado el camino por delante de los pescadores que se dirigian á la ciudad, lo cual anunciaba que habrian de sobrevenir graves ma-

les! Hay cerca de setenta años que un vecino de la aldea de Inverralochies llamado William White sufrió la pena de muerte por un robo, y al instante proscribieron este nombre como si fuese de mal agüero. Sin embargo, era muy común; pero nadie tuvo valor para ponérselo á su hijo, hasta que algunos años mas tarde, queriendo un filósofo dar á su heredero un nombre que perteneciese á él solo en la aldea, escogió el de William. Los pescadores de mas experiencia movieron la cabeza y profetizaron que el niño no pararía en bien, si no es ya que se convirtiese en el mayor tunante que jamás hubiese subido á la horca. Hoy se halla en la escuela el infeliz Williamcillo, y es, segun aquellas buenas gentes, como una especie de carnero negro, como una criatura destinada al mal, y cuyo encuentro es preciso evitar, como un objeto de horror, y esto no solo para sus camaradas, sino para toda la parroquia.

(Se concluirá.)

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

TERCERA PARTE.

¿Qué plan adoptaré? — Un buque próximo á hacerse á la vela. — Decision.

Nada hay en Cádiz tan animado y alegre como el aspecto de la bahía: sus buques empavesados, sus numerosos botes cargados de paseantes que surcan el mar en todas direcciones, la actividad de la marina mercante, todo esto ofrece un espectáculo interesantísimo para un ocioso:

Así es que desde que no servia á ningun amo, y corria por mi cuenta esclusivamente las doce horas del dia, mi paseo favorito era el muelle y sus contornos.

Ya he dicho que rodaba en mi cabeza el proyecto de ir á juntarme con mi padre allá abajo, á lo cual estaba resuelto; pero el diablo habia agotado mi bolsillo, y la voluntad nada sirve en ciertos casos cuando no hay dinero, por lo cual me devanaba los sesos á fin de encontrar un medio de embarcarme.

Ya comprenderán VV. que con tales disposiciones me gustaba ir á meditar en un sitio donde veia á tantos hombres, dichosos para mí, porque tenian relaciones con las lejanas playas que ansiaba pisar.

Una tarde que estaba sentado mirando mecerse á mis pies las olas del Océano, oí estas pocas palabras de un diálogo que tenian á mi lado dos marineros catalanes:

—¿Con que dentro de seis dias, eh?

—El martes por la mañana. Acabo de ver al capitán, y solo quedan por embarcar siete fardos: despues nos largamos.

—Buen viento, y á América!

No oí mas porque se alejaron; pero los seguí con la vista, y les ví saltar á una lancha que les condujo á bordo de un buque, en cuyo mastil flotaba un pavellon azul.

No oí mas; pero esto fué suficiente para que la palabra América me hiciera sonreir de gozo hasta el extremo de decirme á mí mismo: «qué ocasion tan buena!»

Y sin embargo de que no tenia un cuarto, y habia oido decir que costaba muy caro ser pasajero, me propuse hacer mi voluntaria exportacion en el buque del pavellon azul.

Corrí al puesto de un memorialista para que escribiese á mi padrino noticiándole mi nueva determinacion, y sin entrar en mas detalles le rogase me dijera á qué punto del globo debia dirigir mi vuelo, lo cual era inútil, pues me acordaba sin cesar de MARACAIBO.

II.

Generosidad de mi padrino.—Una buena accion y una tontería.—Contra fortuna valor.

No tardó en contestarme mi padrino, y con gran satisfaccion mia me incluyó una carta-órden por 640 reales vellon.

Dos onzas! treinta y dos duros! Para el que nunca habia tenido 400 rs! juntos, era aquella una suma enorme.

La generosidad de mi padrino me llenó de alegría; me guardé en la faltriquera la carta-órden, y me fuí á pasear calle arriba calle abajo, con un rostro de pascua.

Era de noche, y soplabá un viento como de diciembre. Andando andando llegué á la plazuela de Candelaria, y me encontré en una esquina á una chica con un puestecillo de fruta. De buena gana la hubiera comprado alguna cosa, no por satisfacer mi glotonería, sino por aumentar su corto peculio; pero aunque mis deseos eran muy grandes, mayor era mi penuria.

Iba á continuar mi camino lleno de tristeza, cuando una ráfaga de viento me obligó á volver los ojos hácia donde estaba la pobre chica.

Solo ví la oscuridad, pues el viento habia apagado una lucecilla con que se alumbraba, de suerte que la gente pasaba sin verla, sin pararse, sin comprarla nada.

Entonces para proteger la luz saqué del bolsillo un papel, con el cual la abrigué, marchándome en seguida sumamente contento de mí mismo.

Al dia siguiente traté de realizar la carta-órden; pero por mas que revolví todos los trastos de mi habitacion no la encontré. Despues de rabiár unas veces y llorar otras por espacio de algunas horas, se me ocurrió si la noche antes la habria convertido en farol.

Corrí al puesto de la frutera, y recordó, haciendo algunos esfuerzos de memoria, haber quemado mi papel para encender de nuevo su luz que á pesar de mi

precaucion se habia vuelto á apagar con la violencia del viento.

Todo esto ¡ay de mí! era muy exacto, pues llamamos un pedazo pequeño de papel, último resto de mi carta-orden!

Esta desgracia me afectó mucho, como á VV. hubiera sucedido en igual caso; pero nadie tenia la culpa sino mi ignorancia, pues si hubiese sabido leer, en vez de desahacerme de la carta-orden, habria dado solamente la misiva de mi padrino. Me resigné pues sin murmurar contra la fatalidad, y como ni sabia á quien iba dirigida aquella, ni habia tiempo para escribir á mi padrino otra vez, me dediqué á pensar en mi gran determinacion.

Por supuesto, ni un solo dia dejé de ir á mi puesto con el fin de estar al corriente de los progresos de la expedicion.

Despues de muchas cavilaciones, adopté este plan de campaña, á saber: que esperaría en el muelle al capitán, y le rogaría me llevase consigo, esperando conmovérle con mis súplicas, y sobre todo con la promesa de que le pagaría cuando llegase al puerto, etc.

III.

Cruel alternativa.—Rasgo de talento y audacia.

Era el martes solemne en que el *Vigilante* (la víspera supe su nombre) debia hacerse á la vela.

Veia reinar en el puente del buque una actividad poco acostumbrada; hacian preparativos para levar anclas, y solo quedaban por embarcar dos ó tres fardos.

Sin duda iba á sonar la hora fatal, y no veia llegar al hombre en quien habia fundado toda mi esperanza, el capitán del *Vigilante*.

Me hallaba en las últimas gradas del muelle con el agua hasta el tobillo, y clavada la vista en el objeto que tanto ansiaba.

Cuánto no sufriría al oir:

«Vámonos, que el capitán se halla á bordo!»
Estas palabras salían de un bote que se encontraba á mis pies, y este bote, cargado con las últimas provisiones, fardos y toneles, iba á dirigirse hacia el buque. Lo tripulaban dos hombres, á quienes costaba sumo trabajo remar, y me ocurrió una idea excelente. Ofrecí á aquellos honrados catalanes el auxilio de mi brazo.

«Lárgate, me dijo uno de ellos, y vira de costado, porque solo á nosotros esperan á bordo.»

Empujé con el hombro el bote, á pesar de esto, y aprovechando el instante en que mis dos marineros tenían vuelta la cabeza hacia el *Vigilante*, salté á la lancha, y me acurruqué lo mejor que pude detrás de un monton de fardos y cajas.

A poco saqué un tantico de cabeza, y ví un tonel de fondo doble, con su correspondiente cubierta; una segunda inspiracion me iluminó, y me colé en aquella celda estrecha, decidido á seguir allí contra viento y marea.

Desde aquel instante supremo nada ví, contentándome con oír lo que sucedía en mi derredor.

IV.

Subida con las piernas en el aire.

Atencion! gritó uno de los hombres á su camarada. Y el bote chocó con violencia contra el buque, siendo para mí muy singulares las consecuencias de aquel choque.

Habia hecho muy poco caso de un olor muy fuerte que exhalaba mi tonel protector, pues tenía otras cosas en que pensar para que fuese á ocuparme en aquella embestida dada contra la delicadeza de mi olfato!

Pero cuando el choque de que se trata produjo un trastorno general en nuestro bote, haciéndome brincar del uno al otro extremo de mi negra prision, conocí

las causas del susodicho olor, pues fuí á dar con la cabeza en un enorme queso colocado en aquel sitio. Estaba fresco, de suerte que me llené de pomada los ojos y los oídos, desgracia que me causó tanta mayor impresion, cuanto que desde mis mas tiernos años aborrecia á todos los quesos del mundo.

Aún era poco, pues al subir á bordo del *Vigilante* el tonel donde yo yacia sin pulsacion, le volvieron de suerte que subí con las piernas en el aire, sumergido mas y mas en el líquido que soltaba el maldito queso.

Apenas lo colocaron en el fondo de la bodega, llegó á mis oídos un ruido sordo y prolongado; como que levaban anclas! Sintióse en todo el buque un ligero sacudimiento, y partimos!

(Se continuará.)

HISTORIA SAGRADA.

REINADO DE JUDA.

La paciencia de los habitantes se habia agotado, y ya iban á rendirse.

Cuando supieron la llegada de Judith, toda la ciudad corrió á su encuentro desde el mas alto hasta el mas bajo. El pueblo la rodeó llevando antorchas para alumbrar su marcha, y Judith subió á una alturita, desde la cual dijo despues de hacer seña para que callasen:

«Benedicid á Dios, hermanos míos, porque jamás abandona á los que ponen su confianza en él. Yo soy la mas débil de sus siervas, y sin embargo me ha escogido para dar una prueba brillante de su inmenso poder. Aquí está la cabeza de Holofernes, á quien he

muerto esta noche con el auxilio del Señor ; dadle pues las mas fervientes gracias. »

Todo el pueblo se prosternó y adoró á Dios Todopoderoso ; y mientras esto sucedia en Betulia á eso de media noche , el campamento de los asirios yacia en el mas profundo sueño.

Por consejo de Judith los israelitas salieron de la ciudad al romper el dia , y cayeron sobre los enemigos gritando. Sorprendidos estos , esperaban las órdenes del general para combatir ; pero como no pareciese , penetraron en su tienda , y vieron su cadáver decapitado y cubierto de sangre.

El terror se apoderó de todo el ejército , y los asirios se pusieron en fuga sin orden , olvidando armas y bagages. Los israelitas , reunidos en las montañas , los derrotaron , persiguiéndolos hasta mas allá de sus fronteras.

Los vencedores encontraron en el campamento inmensas riquezas , y el pueblo ofreció á Judith el oro , la plata y las joyas que poseia Holofernes.

El gran sacerdote Eliacin , acompañado de todos los ancianos del pueblo de Jerusalem , fué á Betulia para felicitar á la hermosa viuda.

Judith se puso á la cabeza del pueblo de Betulia , y fué á Jerusalem á adorar al Señor en el templo de Salomon , dedicando á Dios todos los despojos de Holofernes que el pueblo la habia regalado.

Despues de dar gracias al cielo de este modo por sus bendiciones , Judith volvió á Betulia á continuar su vida llena de virtudes.

Murió á la edad de quinientos años , y el pueblo le decretó honores que solo se hacian á las princesas y á los reyes.

IV.

Muerte de Josías.

Durante este tiempo Josías reinaba en Judá , y al ver aquel milagro se afirmó en su fé , é hizo grandes

servicios á la verdadera religion, destruyendo los ídolos, á cuyos adoradores persiguió, castigándolos severamente por los crímenes que cometian.

No contento con atraer su reino á la práctica de la religion del único Dios Todopoderoso, Josias quiso hacer aun mas por su gloria. Recorrió el reino de Israel, derribando en todas partes los ídolos y restableciendo el culto del Señor.

Aquella triunfante correría de Josias por Israel agradó infinito al Señor por las conquistas que hizo á su religion.

Secundado por los esfuerzos del gran profeta Jeremías, continuaba con valor y constancia la tarea que habia emprendido.

En los reinados de los reyes impíos, mientras que Judá, culpable y criminal, profanaba el templo, se perdieron las tablas de la ley, escritas por Moisés. Este monumento precioso fué encontrado reinando Josias; pero habituado el pueblo á entregarse abiertamente á sus pasiones, no podia sufrir mucho tiempo las trabas que la religion ponía á sus deseos. Así es que á pesar de los esfuerzos de su rey, volvió á caer en las faltas que habia cometido.

El pueblo miró las ceremonias religiosas como espectáculos ofrecidos á su curiosidad, y no se asoció de corazón á las plegarias de los sacerdotes.

Sin embargo, se celebró la pascua con extraordinaria pompa y gran magnificencia, tomando parte en aquella festividad los habitantes de Jerusalem, todo el pueblo de Judá y los restos del de Israel.

Un fervor tan sincero en la apariencia llenó el corazón de Josias de dulces esperanzas; pero ay! solo Dios que lee en el fondo de los corazones, podia ver cuántos progresos hacia el mal.

Los esfuerzos de Josias fueron impotentes para contener la corrupcion.

Entonces resolvió el Señor castigar al pueblo ingrato por quien tanto habia hecho.

Esperó el fin del reinado de Josías, el cual duró treinta años, para extender su mano vengadora sobre los culpables.

LAS FLORES.

POESIA.

Ven, Celia, á este valle ameno
A respirar puro ambiente;
Ven á refrescar tu seno
Junto al arroyo sereno,
O en la margen de una fuente.

Despierta, niña querida,
Y escucha mi voz amante,
Que el placer aquí se anida,
Y en otra parte es mentida
Esa ilusión de un instante.

Las auras, paloma mia,
Te darán su dulce aliento,
Y en la enramada sombría
Escucharás la armonía
De pajarillos sin cuento.

¿No percibes, niña hermosa,
El vapor de la mañana?
¿No aspiras, di, cariñosa,
El perfume de la rosa,
Con sus encantos ufana?

Por do quiera brota flores
Este encantado vergel.
¿Cómo ostenta sus colores,
Sus balsámicos olores,
El encendido clavel!

La madreseva allí crece
Junto al cándido jazmín:
Mas allá la rosa ofrece,
Mientras la brisa la mece,
De sus hojas el carmin.

En el escondido soto
Brilla humilde la violeta,
Sin que el ábrego ni el nito

Bramen en su albergue ignoto,
Que hasta la brisa respeta.

La inconstancia muestra aquí
De su trage de rubí,
De sus blancas perlas y oro,
El tulipán inodoro,
Al lado del alhelí.

Allí la blanca azucena
Alza su frente serena,
Y, emblema de la virtud,
Hace olvidar la inquietud,
Y la amarga y cruda pena.

Ya lindos globos formando,
Ya guirnaldas semejando,
O pirámides altivas,
De amor imágenes vivas
Van las flores presentando.

Ay! el hombre perezoso
Que al sol no vé esplendoroso
Lanzando sus rayos mil
Una mañana de abril,
Ni lo saluda gozoso,

No conoce, niña amada,
Las bellezas de la aurora,
Y los encantos ignora
De esa armonía encantada
Que mi corazón adora.

Cuando despierta, la flor
Sobre su tallo se inclina,
Es el viento abrasador,
Y el arroyo saltador
Con lento paso camina.

Oh! cuán dulce debió ser
Para el primero mortal,
Entre mil delicias ver,
Estasiado de placer,
El encanto matinal!

Cuando sus ojos abrió
A la luz del primer día,
Puras delicias gozó,
Y á su esposa acarició,
Llena el alma de alegría.

En sus brazos adormido
Bajo el árbol de la ciencia,
De placer el seno henchido,
Sus virtudes dió al olvido,
Y sus horas de inocencia.

Que el perfume de cien rosas
Al perfume se mezclaba
De otras cien flores vistosas,
Cuyas córolas preciosas
Humilde el aura besaba.

Y embriagando los sentidos
El aromático ambiente,
Por el amor impelidos,
Mil pensamientos perdidos
Iban á ocupar la mente.

Ven tú, Celia, á contemplar
El colorido brillante
De estas flores, y á olvidar
El negro y fiero pesar
Que oscurece tu semblante.

De las flores la hermosura
Y su aroma perfumado,
Hacen calmar la amargura
Del hombre que sin ventura
Al tormento está ligado.

Mas ay! si nacen las flores
Para aliviar los dolores;
Si los pesares alejan,
Presto mueren, y nos dejan
Del hado entre los rigores.

Que el invierno fiero y rudo
Lleva en pos viento sañudo
Que el verdor al campo quita,
Y tiernas flores marchita
Con su aliento helado y crudo.

Muda entonce y desolada,
Cubierta de negro manto,
Gime la tierra angustiada,
Y su belleza pasada
Recuerda, y su antiguo encanto.

Ay de tí, pobre pradera!
Adios, céspedes floridos,
Triste fortuna os espera,
Que adusta la estacion fiera
No escucha vuestros quejidos.

Mas no temais á la tumba,
Flores que vivís un día;
Ese viento que ora zumba,
Será fuerza que sucumba
Ante el aura blanda y pia.

Desde el fondo de la huesa
Ha de alzarse vuestra cuna,
Porque el ábrego ya cesa,
Y vuestras corolas besa
Fresca brisa por fortuna.

Del sepulcro, flores bellas,
Nos enseñáis el camino:
Seguirémos vuestras huellas,
Que tambien ¡oh! Dios! nos sellas
Con el eterno destino.

A la tumba oscura y fria
Descenderémos tambien,
Porque la muerte sombría
Ha de marchitar un día
Con su soplo nuestra sien.

Mas radiantes de hermosura,
De juventud y de amor,
Siglos de gloria y ventura
Nos prepara allá en la altura
El Supremo Criador.

TENORIO.